
Paris, 31 de agosto.

No habia pensado volver á hablar de Mr. de Lamartine, despues de escrita mi última carta : y hubiera cumplido mi propósito , á no haber caido en mis manos la *Presse* correspondiente al lunes 22, en cuyo artículo de fondo , consagrado á explicar la conducta de Mr. Lamartine , se hallan cosas que me obligan á someter al buen juicio de Vds. algunas consideraciones, que me parecen importantes.

Segun la *Presse*, Mr. de Lamartine se daba la mano con el partido conservador , por su teoría acerca de la paz ; y con la oposicion dinástica , por sus ideas sobre el progreso indefinido á que están llamados los pueblos. Cuando la cuestion del dia ha sido la de la guerra ó la paz, ha votado con los conservadores : cuando la cuestion ha variado de índole, y se ha trasformado en la de conservacion ó progreso, ha votado con los hombres del lado izquierdo de la Cámara.

No entraré aquí á examinar , si estas han sido ó no las verdaderas causas de la conducta de Mr. de Lamartine : esta averiguacion me separaría demasiado del objeto que me he propuesto hoy, cuando he tomado la pluma. Sea pues de esto lo que quiera , lo que me parece indudable es , que Mr. de Lamartine profesa efectivamente

las doctrinas que la *Presse* le atribuye. Ahora bien ; en esas doctrinas veo, por una parte, la confirmacion de cuanto manifesté á Vds. en mi última carta , y por otra , el asunto mas apropósito para altas y graves meditaciones. Voy, pues , á hacer buena mi opinion , y á manifestar las reflexiones que sobre este asunto se me ocurren.

Mr. de Lamartine es partidario de la paz, de la paz á toda costa: de la paz como elemento de la civilizacion , de adelanto y de cultura : y es enemigo de la guerra , como de un hecho perturbador, como de un hecho bárbaro en sí mismo, como de un hecho que conduce á la barbarie. Ahora bien : esta doctrina no ha podido encarnarse nunca en el Occidente ; esta doctrina es esencialmente oriental : esta doctrina es propia de los pueblos enervados y contemplativos, que vegetan sin movimiento entre los perfumes de las regiones orientales. Esa disposicion de ánimo de esos pueblos sirve para explicar las fabulosas conquistas de Sesostris , de Semíramis , de Ciro y de Alejandro. Cuando un hombre de fuerte voluntad y de ánimo generoso se presenta á caballo en las fronteras del Oriente , el Oriente se postra ante sus pies , le adora como á Dios, le quema incienso, y le levanta altares. El Oriente no sabe vencer, no sabe resistir ; porque resistir ó vencer es guerrear ; y el Oriente prefiere á la dominacion con el movimiento , la esclavitud con el reposo.

Así pues , Mr. de Lamartine profesa una doctrina cuyo origen se encuentra en la última trasformacion que ha experimentado su alma : en la trasformacion de que hablé á Vds. en mi carta anterior ; en la trasformacion panteista y oriental que se verificó en él, cuando visitó el Oriente.

Por lo demas, Mr. de Lamartine, que no es un gran filósofo, ignora que es inconsecuente consigo mismo, cuando predica la paz á toda costa , y pide el progreso indefinido de la libertad y de la industria. La libertad es la guerra en el Estado ; la industria es la guerra con la naturaleza. La libertad y la industria (y no lo echo á mala parte, como se verá despues) es la guerra entre los hombres.

Para ser consecuente consigo mismo , Mr. de Lamartine debia

propagar en Francia una secta religiosa que ha nacido y se conserva en la China. Esta secta eleva á dogma filosófico y religioso el quietismo y la inmovilidad del Oriente. Adoptando todas las consecuencias que van envueltas en su principio, esta secta, entre el reposo y la acción, prefiere el reposo: entre el reposo absoluto y el relativo, prefiere el absoluto: entre ser conquistado ó conquistar, sostiene que es preferible ser conquistado: como sostiene que es preferible ser esclavo á ser señor, y ser débil á ser fuerte.

Segun estos sectarios, el que está en reposo, vence al fin al que se mueve: el que es conquistado, al que es conquistador: al señor, el que es su esclavo; y al que es fuerte, el que es débil. Y no crean Vds. que es insostenible esta teoría, y que es absurdo este dogma. Los chinos, que entienden mucho de achaque de filosofía, sostienen su dogma con grande copia de razones. Sin necesidad de salvar sus fronteras, se hallan en estado de demostrar al que lo dude la verdad de todas las proposiciones que arriba dejo asentadas. Los tártaros, gentes de acción, han conquistado diez y siete veces la China, que, desde que salió de las manos del Criador, está en un perfecto reposo: pues bien, el pueblo que estaba en reposo, venció al que se puso en acción; el pueblo conquistado al pueblo conquistador; el pueblo débil al pueblo fuerte: porque los chinos, chinos permanecieron, y los tártaros conquistadores se hicieron chinos. Ahora mismo está aplicando la China ese dogma político y religioso en la guerra que le hacen unos *Bárbaros*, llegados allí de las últimas regiones de la tierra, que se apellidan ingleses. Los ingleses dicen que son los vencedores, porque avanzan; los chinos dicen que son los vencedores, porque huyen. El tiempo decidirá esta cuestión y aclarará este misterio: entre tanto, los chinos están ahora más firmes en su creencia que nunca.

Si Vds. quieren salir de la China, y trasladarse al Paraiso, allí encontrarán Vds. el testimonio más claro é irrefragable del dogma que vamos sosteniendo. Eva, es decir, el sér débil, ofrece á Adán la manzana. Adán, es decir, el sér fuerte, no quiere comerla; y Eva triunfa, porque le obliga á comerla; y Adán es vencido, porque la come. En la persona de Adán, Eva triunfa del género hu-

mano: y la flaca mano de una débil mujer es tan poderosa, que arrastra á su perdición al mundo.

Quede, pues, asentado, que la teoría china puede sostenerse como otra teoría cualquiera, y que la de M. de Lamartine es la única que no puede sostenerse.

Desembarazado ya M. de Lamartine, voy á considerar en sí mismo el fenómeno más digno de consideración que yo conozco: el fenómeno de la guerra.

La guerra es el fenómeno más general que existe; porque es un fenómeno de todas las edades y de todas las regiones; que se extiende hasta donde se extiende el espacio; y que se dilata hasta donde se dilata el tiempo: y cuando hablo del tiempo, no hablo solamente de los tiempos históricos, sino del tiempo en general, contemporáneo de la creación: cuando hablo del espacio, no hablo solamente del ámbito de la tierra, sino del espacio en general, del ámbito de todas las cosas creadas.

La religión nos enseña, que antes de que hubiera guerra entre los hombres, la hubo entre las sustancias celestiales. El ángel caído, antes de caer, movió guerra á su Criador; y su Criador, después de su victoria, le arrojó de su morada, y le derrocó á los abismos. Esta, que es la creencia del cristiano, fué la creencia del mundo. Todos los pueblos primitivos conservaban la tradición de una época en que los espíritus superiores á los hombres se habían alzado en armas los unos contra los otros. Los persas señaladamente reconocieron una divinidad creadora de todo lo bueno, y otra creadora de todo lo malo: estas dos divinidades estaban en guerra, y la guerra había de concluir por la victoria del buen principio sobre el mal principio; de la divinidad tutelar sobre la divinidad maléfica. El Osiris egipcio es un rey, y es un dios, civilizador de los hombres: Tiphon, que es su hermano y que representa el mal, le dá muerte; pero Oro, hijo del primero y sobrino del segundo, mata al matador y vengá á su padre; y el principio del bien prevalece con esta completa victoria.

Así, pues, la guerra comienza en el Cielo: veamos cómo desciende á la tierra. El primer hombre comete el *primer pecado*, y

poco despues, Cain mata á Abel; y comete el *primer delito*: ese primer delito es el símbolo de la guerra del hombre con el hombre; de la guerra en la *familia*. Las familias se dispersan por el mundo; y al dispersarse, vienen á las manos las unas con las otras: ese es el símbolo de la guerra entre las *naciones*. Teseo doma á las fieras y las vence; Hércules sofoca á las serpientes en su cuna: este es el símbolo de la guerra del hombre con la *naturaleza*: de la guerra entre la humanidad y los monstruos. Esto, en cuanto al periodo primitivo y al periodo heróico de las sociedades humanas.

Las sociedades se constituyen y se asientan: al ponerse en contacto las unas con las otras, al extenderse su esfera de accion, no la extienden nunca sino por medio de la guerra. El Occidente y el Oriente se conocen; y el día en que se conocen, vienen á las manos. La guerra de Tróya es el símbolo de la guerra entre las *razas*. El Asia vencida quiere pedir cuenta del suceso de ese día á la Europa vencedora: Jerjes derrama por la Grecia sus ejércitos, por el Helesponto sus naves: la Grecia toma venganza, en Maraton, en Salamina y Platea, de esta invasion afrentosa. Cuando la Grecia no tiene á quien combatir, vuelve sus armas contra sí misma: hoy es el día de Esparta: mañana el día de Alejandro. La Grecia le recibe como á su rey; como á su Dios, el Oriente. Viene Roma despues, y al asentar los cimientos de la Ciudad, Rómulo vierte la sangre de Remo. Rómulo es el símbolo de Cain, como Roma el símbolo del mundo. Roma no nace, no se constituye, no crece sino por medio de la guerra y de la sangre. A su nacimiento precede la sangre de Remo; á su libertad, la sangre de Lucrecia y la sangre de Virginia: á su dominacion, revuelta con su propia sangre, la sangre de las naciones; al imperio, la sangre de César. Hoy se afronta con la Italia, y la Italia es un lago de sangre: mañana con Cartago, y el mundo aprende los nombres formidables de Tesino, Trebia, Trasimeno, Cannas. Viene despues la guerra con los cimbros, y la guerra con los griegos, y la guerra con los macedonios, y la guerra con los pueblos asiáticos, y las guerras civiles. Hay guerra entre Mario y Sila, entre el pueblo y el senado,

entre los esclavos y los señores, entre César y Pompeyo, entre Augusto y Antonio.

Augusto ha vencido, las puertas de Jano van á cerrarse para siempre, porque Augusto es señor de Roma y de la tierra. Paso! que unos pueblos desconocidos comienzan á estremecerse entre las nieves del Polo, y el Salvador de los hombres ha nacido en el Oriente. La humanidad hace una estacion; pero es para marchar con nuevos bríos. Allí asoman las tribus tártaras; tras ellas vienen los pueblos alemanes, ¡Ay de los Césares! ¡Ay del Capitolio!.... ¡Ay de Roma! iba á decir: pero en Roma está el Pontífice: la eternidad que la prometieron sus dioses, Dios se la ha dado.

Roma es esclava; pero al contemplarla tan llena de magestad en medio de su servidumbre, y observando cómo ve desfilir unos tras otros todos los pueblos del Norte, cualquiera diría que es una reina que les pasa revista. Entre tanto, todas las ciudades son entradas á saco; todas las provincias entregadas al incendio; el imperio ha abierto sus venas, y yacen en dispersion sus miembros despedazados. Ya no hay romanos ni galos, ni españoles ni bretones; todos han pasado como sombras. En su lugar, encuentra la vista llena de asombro á los godos, á los lombardos, á los vándalos, á los suevos, á los sajones, y á los francos. En el mundo, todo es confusion, lamentos, sangre, guerra. Los conquistadores vuelven sus manos los unos contra los otros despues de la victoria. El puñal abre el camino del trono: el trono es el camino del convento.

Entre tanto, nace Mahoma; y obedientes á su voz, los árabes se derraman por todas las regiones. El Africa cae bajo su poder; España bajo su yugo; la Italia está á punto de sucumbir; el Asia sucumbe. El Oriente y el Occidente vienen otra vez á las manos, como si no pudieran tener más vínculos que el de la guerra. Los Cruzados fundan imperio en las regiones orientales; Isabel y Fernando levantan el estandarte de la cruz en las almenas de Granada; Mahometa II clava el estandarte del profeta en los muros de Constantinopla. Colon descubre un nuevo mundo, y tambien allí corre á torrentes la sangre. Vienen las guerras de Italia; y españoles y

franceses hacen campo en aquella tierra de la gloria. Viene Lutero despues, y las guerras de religion ocupan á los príncipes y á las naciones. Ya se divisan allí Francisco I y Carlos V, que juegan la monarquía universal al trance de las batallas. Detras de estas imponentes fisonomías, comienza á dibujarse la sévera fisonomía de Felipe II. Los Países-Bajos se levantan, y dan el primer ejemplo de una revolucion política á la Europa.

No está lejos Luis XIV, ese rey tan famoso por sus victorias como por sus desastres, por sus liviandades como por sus infortunios. Ya estamos en presencia de Carlos I y de Cromwel; en presencia de la segunda revolucion política de Europa, en presencia del más hipócrita de todos los usurpadores, y delante del féretro del primer rey decapitado; Cuánta sangre y cuánto horror! ¿quién con este espectáculo no sentirá su imaginacion abrumada y su alma estremecida?

Viene, en fin, la revolucion francesa, y sus impías matanzas, y sus sangrientas bacanales. Un pueblo demente declara la guerra á Dios, y abate la cruz; declara la guerra á los reyes, y abate su trono; declara la guerra á la Europa, y le arroja como guante la cabeza de su rey, y derrama sus ejércitos por todas las naciones. Aquí está Napoleon, tan grande como César, y más grande que todos los otros Césares; de quien pudiera decirse, como Quinto Curcio de Alejandro, que con su mano derecha toca al Oriente, con su siniestra al Occidente, y con su cabeza al Cielo. Su águila imperial vuela sobre todas las capitales de Europa y sobre las pirámides de Egipto. En donde quiera que su caballo pone el pie, allí mismo brota sangre.

Tal es el fenómeno de la guerra, históricamente considerado. En mi próxima carta, le consideraré filosóficamente; y espero demostrar que siendo el más universal de todos los fenómenos, es, sin embargo, el menos conocido, y el que envuelve los problemas más difíciles, y los más recónditos misterios.

Paris, 3 de setiembre.

De lo dicho en mi última carta se infiere, que la guerra no es un hecho bárbaro, es decir, propio de las épocas de barbarie; porque lo es igualmente de todos los periodos históricos, como quiera que nace en la familia, se realiza en la tribu, se perpetúa en el Estado, se extiende con la humanidad, y se realiza en todas las regiones.

Suprimidle con el pensamiento, y habreis suprimido la humanidad, y acabareis con la historia. Abrid las páginas de la historia, extended los ojos por el mundo, preguntad á los siglos: los siglos, el mundo y la historia, todos os hablarán de la guerra: su universalidad arguye su necesidad; y su necesidad le constituye en un hecho humano; es decir, en un hecho propio de la naturaleza del hombre.

Ahora bien, los hechos de esta especie no han podido crearse, y no pueden suprimirse; no pueden sujetarse á discusion, porque no caen bajo el dominio de nuestro libre albedrío. Existen, porque existen; y su existencia es una existencia providencial, necesaria. Y como todo lo que existe necesariamente, es eterno; y como ninguna cosa hecha para la eternidad ha sido hecha por el hombre; y como lo que no es hechura de la libertad del hombre, lo es de la voluntad de Dios; la guerra, que es un hecho humano, necesario, eterno, es hechura de Dios, es un hecho divino.